

de la diócesis de París y el modelo de los seminarios que el mismo M. Oliver y San Vicente de Paul consiguieron establecer en toda la Francia y en el Nuevo Mundo; de modo que la grande y preciosa obra de los seminarios, despues de muchas contradicciones, persecuciones y dificultades de todo género, se llevó á efecto en Francia por las oraciones, las inspiraciones, la fortaleza y la cooperación de las santas mujeres (1).

§ LXV.—La córte de Luis XIV.—La piedad enmascarada reinaba en ella al lado del mayor libertinaje.—La revolucion francesa nació de allí.—Las hijas de Saint-Cyr.—Mma. de Maintenon; su sabiduría y su caridad.—Su abnegacion.—La mayor felicidad de Luis fué el haberla hecho su esposa.—Ella, fué quien, dirigida por Fenelon, le enseñó sus deberes y le apartó de sus desórdenes.—Empresa de la declaracion de 1862.—Mma. de Maintenon fué quien impidió que degenerase en un cisma completo.

Ahora debemos hacer justicia á otra mujer sublime, que, á pesar de no haber sido una santa, ejerció, sin embargo, una influencia muy poderosa y muy feliz en los negocios del Estado y de la Iglesia en el tiempo de Luis XIV. Este grande y magnífico Rey tuvo, sin embargo, muchas flaquezas, y muchas veces se esforzó en aparecer como un pobre hombre y como un pobre cristiano, sin poder conseguirlo.

(1) El admirable obispo y apóstol de Marsella, el San Carlos Borromeo de la Francia católica, y una de sus mayores glorias, Belsunce, debe tambien en gran parte á las mujeres su tierna piedad, su celo por la religion y el heroismo de caridad que le hicieron tan grande y tan popular. Ved aquí lo que encontramos, á este propósito, en un hermoso artículo, en que el honorable M. Thiengou acaba de publicar el elogio de Belsunce, por el abate M. Poncheron, en la *Gaceta de Francia*, de 30 de Agosto de 1854: «Ya he tenido ocasion de decir más de una vez que lo que somos nosotros lo debemos á lo que fueron nuestras madres y al cuidado que tuvieron de nosotros. La infancia de Enrique de Belsunce fué marcada, en este particular, por uno de esos acontecimientos que jamas se olvidan. Á los nueve años de su edad, su madre, la Marquesa de Belsunce, y su abuela materna, la Condesa de Caumont-Laforce, abjuraron el protestantismo. Desde este momento, la Marquesa, modelo perfecto de todas las virtudes cristianas, puso todo su cuidado en inculcarlas en el alma de su hijo. Una circunstancia, que pareció una desgracia, contribuyó á hacerle más fácil esta empresa. El jóven Enrique manifestó en su niñez una salud muy delicada; esto obligó á la Marquesa á retenerlo por más tiempo en su casa, y él pudo aprovecharse por todo este tiempo de la piadosa

No contento con tantas mujeres como tenía, con las que vivia en relaciones doblemente culpables, y de las que tuvo diez y nueve hijos bastardos, perseguia á otras muchas con una desenvoltura nunca vista en época alguna en la córte de Francia. Él se introducía de noche en la habitacion de las damas de honor de la Reina su esposa y de la Reina su madre, que estaban bajo la custodia de la Duquesa de Novailles. Esta virtuosa señora pidió consejo á su esposo acerca de este desórden. «Ellos pusieron la virtud y el honor de una parte, dice el Duque de Saint-Simon, y la cólera del Rey, la desgracia, el despojo y el destierro de la otra, y no vacilaron.» La Duquesa, sin ruido ni publicidad, hizo tabicar la puerta por donde se introducía el Rey en el aposento de las jóvenes. Luis XIV no perdonó á la Duquesa ni á su esposo. En el momento les exigió el Rey que hiciesen dimision de todos sus cargos, y los arrojó de palacio, en el que, á la verdad, unas personas de tan elevada virtud no estaban en su lugar en medio de tanta corrupcion. Molière, para adular al Rey, los persiguió tambien en el teatro, y los puso en ridículo en su *Tartufe*. Él hizo caer sobre todos los devotos los escándalos del Rey, que dos devotos quisieron impedir. El mismo poeta, en su *Amphitryon*, lo mismo que Quinault en sus poemas, no hizo otra cosa que divinizar los adulterios del Rey con el ejemplo del Júpiter de la fábula, y recibió pensiones por tales

enseñanza de su madre, á cuyo cuidado estaba especialmente confiado. El recuerdo de esta educacion maternal se encuentra en cada página de la vida del obispo, que ella marcó siempre con el sello de una mansedumbre sin límites..... He insistido en los primeros años de la vida de M. Belsunce, porque, ademas de que son ménos conocidos que los de su episcopado, manifiestan admirablemente, á mi modo de ver, la influencia que pueden tener los primeros años de la vida sobre toda ella. Un acontecimiento que se refiere á la época de su salida del convento de los jesuitas, y que ocupa un gran lugar en su vida entera, debe mencionarse tambien. La casa de Belsunce contaba entre sus parientes á la señorita Susana de Foix de Cándalo, Princesa de Tête-de-Buche, que era, no sólo una gran señora, sino una persona de mucho mérito y de mucha virtud. Cuando el abate Belsunce volvió á la casa paterna contrajo con ella una estrecha amistad. Madama de Foix tenia entonces cerca de ochenta años, pero su espíritu nada habia perdido de su vivacidad..... Esta relacion con una persona de una virtud tan eminente y de un mérito igual á su virtud contribuyó mucho á la perfeccion del futuro obispo. Él mismo parece que se convenció de ello, supuesto que la primera obra que salió de su pluma fué la historia de la vida de esta su venerada tia.» De esto resulta que M. de Belsunce fué un grande y santo hombre por el auxilio de las mujeres.

servicios. Por lo demas, el tal poeta era digno de tal César. Molière, despues de haber vivido tambien diez y ocho años en las relaciones más vergonzosas con tres cómicas, se casó con una de ellas. De este matrimonio incestuoso tuvo un hijo, de quien el Rey no se avergonzó de ser padrino. De este modo el cómico Molière fué compadre de Luis XIV en más de un sentido. (Véase Rohrbacher, tom. xxvi, y Bazin, *Notes historiques sur la vie de Molière.*)

Este mismo Rey, mientras que, ayudado por sus ministros y sus obispos cortesanos, se presentaba como regulador supremo de la religion cristiana, de la Iglesia católica y de su gobierno, llevaba el olvido de todos los deberes hasta el punto de proponer para el culto y para el gobierno de los pueblos el fruto de sus adulterios, é infestar con él toda la raza de San Luis. «El gran Rey, dice Chateaubriand, en la demencia de su orgullo, osó imponer en Francia, como monarcas legítimos, sus bastardos adulterinos legitimados.» (*Analyse raisonné d'histoire de France.*) Se comprende lo que debió ser la córte de un soberano semejante. Su hijo, el gran Delfin, instruido por Bossuet, copió las costumbres de su padre, y como otro Absalon, hacía la córte á sus damas y le disputaba sus amores. Su sobrino el Duque de Orleans, que le sucedió en cualidad de regente del reino durante la menor edad de Luis XV, realizaba los escándalos de su vida con el cinismo de su irreligion, lo que no impidió á Luis XIV casarlo con una de sus hijas, nacida del adulterio. La hija de este regente se parecia á su padre por su libertinaje y por su impiedad. Aun se decia de ella que tenia consigo ciertos privados incestuosos. Ella, sin embargo, fué esposa del Duque de Berry, nieto de Luis XIV. Desde el año de 1711 murieron, uno despues de otro, el Delfin, hijo de Luis XIV, el Duque de Borgoña, padre de Luis XV, el mayor de sus hijos, y en fin, el mismo Duque de Berry. Estas muertes precipitadas aterraron á Francia, y le parecieron efectos de un crimen horrible. La opinion pública sospechó y acusó de ellas al Duque de Orleans; su menosprecio de la religion y sus costumbres autorizaban semejantes sospechas. Mientras que Luis XIV perseguia á los hugonotes en todo el reino, tenia á su lado muchos hombres sin fe, porque adulaban su absolutismo y le servian en su libertinaje. (Rohrbacher, lib. lxxxviii.) Ciertas memorias secretas atestiguan que en la córte de Luis XIV, á pesar de que tenia á su lado á Bossuet y á Bourdaloue, se hacía mofa de los

milagros, de las profecias, de los libros santos, de los sacramentos y de la misa, y que, bajo el título de *devocion*, ciertos literatos impíos perseguian impunemente la religion cristiana y preparaban el terreno á los filósofos impíos, que la persiguieron despues bajo el título de *infamia* y de *supersticion*. Ved aquí dónde habia descendido la posteridad de San Luis bajo el reinado de Luis XIV, y en lo que se habia convertido su córte. «Se cree, dice el historiador ántes citado, que se está en una cueva de ladrones; en ella no se habla más que del envenenamiento, del asesinato, del ateismo, de la impiedad, del adulterio y del incesto.» (Tom. xxxi, pág. 421.) La revolucion francesa nació de allí. De las doctrinas de un absolutismo insensato, de que la monarquía hizo entónces una ostentacion insolente y una repugnante aplicacion, tomaron los filósofos poco despues las armas para batir en brecha á la monarquía y destruirla.

Entre semejantes hombres, que, á excepcion del santo Duque de Borgoña, discípulo de Fenelon, parecia que rivalizaban en un celo infernal por rebajar la religion, la política y las costumbres de la monarquía francesa, sólo una mujer hubo que las hizo respetar, y que conservó sus tradiciones y sus prácticas en medio de la córte más corrompida del universo: ésta fué madama de Maintenon.

Hija de una madre católica, pero educada en el calvinismo, á la edad de diez y seis años habia tenido la dicha de entrar en el gremio del Catolicismo. En los años que estuvo casada con el poeta Scarron se habia hecho admirar por su piedad, por su sabiduría y por su modestia, lo mismo que por la elevacion de su espíritu y por su rara belleza. Pero habiendo quedado viuda á la edad de veinticinco años, y habiendo oido predicar al P. Bourdaloue, se retiró poco á poco del mundo, se puso bajo la direccion del abate Gobelin, doctor de la Sorbona, y emprendió una vida retirada y absolutamente ascética y perfecta. Ella habia sido encargada de educar secretamente á los hijos naturales del Rey. Un dia dijo el Rey á uno de aquellos hijos, el Duque de Maine: «Tú eres muy razonable.—Es necesario que lo sea, respondió el niño, porque tengo á mi lado una señora que es la razon misma.» Encantado el Rey de esta respuesta, le dijo: «Vé y dile que le darás cien mil francos para tus confites». Ella se aprovechó de esta cantidad para comprar

las tierras de Maintenon, cuyo título tomó. Desde este momento concibió Luis XIV la más alta estimación hacia ella y le dió las mayores muestras de confianza. ¡Luis XIV había tenido tantas mujeres que habían abusado de su favor para alejarle de la Reina é impulsarle al libertinaje! Madama de Maintenon fué la única que sólo usó de él para inspirarle unos miramientos que jamás había tenido con la Reina su esposa, y para retirarle poco á poco de sus desórdenes, lo cual agradeció mucho toda la familia Real. La Reina, en particular, satisfecha con haber encontrado una noble amiga donde hasta entonces no había encontrado más que innobles rivales, se unió con toda su alma á la directora de las hijas del Rey, la amó como á una hermana, quiso morir en sus brazos. El Rey mismo, cediendo á las exhortaciones y á los consejos de esta sabia matrona, resolvió al fin romper todos los lazos que comprometían la salvación de su alma y el ejemplo que debía á sus súbditos; mas no sintiéndose con la fuerza suficiente para renunciar también á los gozes inocentes de la vida privada, por consejo del P. La-Chaise se casó con madama de Maintenon, cuya sabiduría, cuyo carácter dulce y conciliador le prometía una consejera segura, una compañera agradable y un corazón afectuoso; porque ella era una verdadera católica, y la mujer verdaderamente católica es todo esto. No le faltó más que el título de Reina; ella tuvo todo lo demás. Luis la honró como si hubiese nacido de una familia Real, y la amó más que había amado á otras mujeres con quienes había estado en relaciones; ésta fué una de las mayores gracias con que Dios quiso recompensarlo por la adhesión que conservó siempre á la fe católica, en medio de los extravíos de su espíritu y de su corazón. Esta fué su felicidad. Después de este matrimonio nada hubo que echar en cara al Rey respecto á las costumbres, y aun se le vió comenzar á reparar los daños que había causado al Estado. Esto consistió en que, habiéndose penetrado Mma. de Maintenon, como otra Ester, de estas grandes palabras que el nuevo Mardoque, Fenelon, le había dirigido: «Dios no os ha elevado tanto sino para la salvación del Rey y de su pueblo», olvidándose completamente de sí misma esta mujer sublime, dirigió todos sus esfuerzos á hacer de su regio esposo un buen Rey y un verdadero cristiano, y renunciando á todas las ventajas de su nueva posición, sólo se manifestó celosa de llevar todo el peso y cumplir todos los deberes de ella.

Desechando toda idea de gobernar, y todo lo que tenía la menor apariencia de intriga, sólo se mezcló en los negocios públicos para dar al Rey consejos, de los que jamás tuvo que arrepentirse. Ella hubiera podido aprovecharse de su posición para haber colmado á su familia de altas dignidades, pero se guardó muy bien de hacerlo. Ella no tenía más que las tierras de Maintenon y una pensión. El Rey le decía muchas veces: «Pero, señora, vos no teneis nada vuestro. — Señor, respondía ella, no os es permitido darme cosa alguna.» Ella, sin embargo, no se olvidaba de los desgraciados ni de los pobres. Ella miraba su posición como una carga, que sólo la beneficencia podía hacer ligera. «Mi posición, decía ella, tiene consigo muchas molestias, pero también me proporciona el placer de hacer bien.» El primer pensamiento que ella concibió, después de su matrimonio, fué un pensamiento de beneficencia y de caridad, el de un establecimiento para las jóvenes de buena condición nacidas sin fortuna, y que ella realizó bien pronto con la fundación de la célebre casa de Saint-Cyr, á una legua de Versalles, donde formó una comunidad de treinta y seis religiosas, encargada de educar gratis á trescientas jóvenes de buenas familias, pero pobres (1).

Fenelon, que conocía muy bien á Luis XIV, decía á Mma. de Maintenon, en una carta que le escribió, lo siguiente: «Vos debeis, sin desmayar jamás, aprovecharos de todo lo que Dios os inspira, y de todo el ascendiente que teneis con el Rey, para abrirle los ojos é iluminarle.... Como el Rey se conduce, no tanto por las máximas seguidas, como por las impresiones de las personas que le rodean y á las que confía su autoridad, lo principal es no perder ninguna ocasión para rodearle de personas que obren de acuerdo con vos para hacerle que cumpla sus deberes, de los que no tiene idea alguna.... Finalmente, lo que más importa es asediarse, supuesto que quiere ser asediado, y gobernarle, supuesto que él quie-

(1) El Rey dotó la casa, pero ella fué quien hizo los reglamentos, que son unos modelos de sabiduría. Este establecimiento tuvo un éxito inesperado. La casa de Saint-Cyr se hizo el modelo de todas las casas de educación pública. Los ejercicios estaban distribuidos en ella con inteligencia, y las jóvenes eran instruidas con dulzura en la religión, lo mismo que en todo lo demás que constituye una señora cristiana perfecta y una excelente madre de familias. De esta casa salieron casi todas las mujeres heroicas que más tarde, durante la revolución, admiraron al mundo con sus virtudes y su valor, y cuyo celo y cuya devoción conservaron el catolicismo en Francia.

re ser gobernado; su salvacion consiste en ser gobernado por personas rectas y desinteresadas. Vuestro cuidado en moverle, en instruirle, en curar su corazon de ciertas llagas, en sostenerle cuando se halle desanimado, en inspirarle pensamientos de paz y de alivio de sus pueblos, de moderacion, de equidad y de desconfianza respecto á sus consejeros duros y violentos, de horror á los actos de autoridad arbitraria, y en fin, de amor á la Iglesia y de aplicacion á procurarle pastores santos; todo esto, repito, os dará ocupacion suficiente, porque, como no podréis hablarle de estas materias á cada momento, tendréis necesidad de perder mucho tiempo para elegir los momentos á propósito para insinuarle estas verdades. Ved aquí la ocupacion á que doy preferencia sobre todas las demas.» (*Correspondance de Fenelon*, tom. v, pág. 475.)

Segun esta curiosa revelacion, Luis XIV, que se creia el más absoluto de los reyes de Francia, no era más que un rey asediado y gobernado, y que queria serlo; no era más que un rey sin idea alguna de sus deberes, y que necesitaba ser ilustrado, instruido, asediado y dirigido; no era más que un gran niño, cuya educacion estaba enteramente por hacer..... por una mujer. Fenelon ha dicho todo esto..... Pero Fenelon, el único hombre de su tiempo que conoció las miserias de la monarquía, las llagas del país y los peligros de la religion, al decir en esta singular carta lo que era Luis XIV, dijo todo lo que hizo Mma. de Maintenon. Segun esta admirable instruccion, dirigida por aquel gran obispo, y que madama de Maintenon tenía siempre presente, se condujo respecto al Rey, y por ello mereció más que todas las demas mujeres, la gratitud de la Iglesia y del Estado, y el historiador Rohrbacher tuvo razon al decir: «Si es cierto que el estilo es el hombre, se puede decir, al ver el estilo de sus cartas, que Mma. de Maintenon era uno de los primeros hombres de su siglo, si no era el primero de todos ellos.» (Tom. xxvi, pág. 243.)

Desde el momento en que se consumó el gran escándalo de la asamblea del clero de 1682, que, bajo pretexto de emancipar el poder temporal del despotismo de la Iglesia, no hizo otra cosa que entregar la Iglesia al capricho del poder temporal, este mismo poder se puso en estado de sacar las últimas consecuencias de las inmensas concesiones. Él se revolvió contra el Papa, á quien despojó de una parte de sus estados y á quien fué á insultar hasta en la

misma, Roma, con gran aplauso de todos los gobiernos protestantes.

«Aunque el alma de Luis XIV, dice M. Lemontey, pasó por todos los períodos de una devocion *poco ilustrada*, la idolatría de sí mismo fué siempre su primera religion. El clero habia dado al monarca *más que la sumision*. Si despues de la célebre asamblea de 1682 la *moderacion del Rey* no hubiera sido mayor que el celo de los doctores, la supremacia romana hubiera corrido grandes peligros.» (*Monarchie de Louis XIV*, pág. 26.) Un escritor contemporáneo (*Andres de Courne*), despues de hablar de los arzobispos de Paris y de Reims, añade: «Los demas que componian aquella asamblea (de 1682) eran poco más ó ménos del mismo temple, y tan sumisos á la voluntad del Rey, que *si él hubiera querido sustituir el Coran al Evangelio* ellos lo hubieran aprobado al momento.» Voltaire ha dicho igualmente: «Si el Rey hubiera querido, se hubiera hecho dueño de la asamblea.» Finalmente, todos los escritores están de acuerdo en que si Luis XIV hubiera sido un Enrique VIII, se hubiera establecido el cisma sin oposicion de aquellos que debian presentar mayor resistencia. El que afloja las bridas á un caballo desbocado no es capaz de contenerlo (1). Si, pues, en esta situacion, en que los malos consejos por una parte, y el servilismo por otra, habian colocado al rey, no fueron las cosas más léjos; si los obispos autores de la declaracion se vieron obligados á condenarla y á dar sus excusas al Soberano Pontífice; si el mismo Luis XIV anuló el edicto insolente de 1682, cedió en todos los puntos á las justas reclamaciones de la Iglesia, y si se reconcilió con el Papa, fué

(1) Segun el relato del mismo Bossuet y de Fleury, la sustancia de la declaracion se reducía á esto: resentidos los obispos de que el Papa no aprobaba la debilidad con que ellos habian abandonado los derechos de sus iglesias, despreciando el juramento de su consagracion y violando de este modo el cánón XII del Concilio ecuménico de Lyon, se reunieron por *orden del Rey*, trataron por *orden del Rey* la cuestion de la autoridad del Papa, la decidieron prontamente por *orden del Rey*, y redactaron en latin cuatro proposiciones, que el ministro Colbert, que era el verdadero autor de ellas, habia formulado en frances; que el mismo Bossuet llama *odiosas*, y cuyo pensamiento pertenecía á M. Tellier, gran canceller, ministro y secretario de Estado, y á su hijo el arzobispo de Reims.» Por consiguiente, Luis XIV tenía en su mano obispos *dóciles* y ministros sumisos á su voluntad. Bossuet y Fleury nos lo dicen. (*Hist. de Bossuet*, lib. vi, núm. 12; Fleury, *Opusc.*, pág. 210.)

porque, á pesar de haber maltratado á la augusta cabeza del catolicismo, permaneció siempre fiel al principio católico, y porque, como acabamos de oír, *su moderacion en esta ocasion fué más grande que el celo de sus doctores*. Esto es claro, esto es cierto; todos los doctores están de acuerdo en este punto. Pero para acabar de convencernos sobre este importante asunto, debemos añadir que Luis XIV debió esta *fidelidad* al principio católico, y esta *moderacion* en su conducta á Mma. de Maintenon, que aconsejada, inspirada, animada é impulsada continuamente por Fenelon, no cesaba de defender ante el Rey la causa del Papa, de despertar en él *el amor á la Iglesia*, de acabar la educacion incompleta de este Rey y de enseñarle los deberes de que no tenía la menor idea. De modo que la monarquía francesa, engendradora al Catolicismo trece siglos há por el celo de una mujer (*Santa Clotilde*), debe tambien al celo de una mujer haber permanecido católica.

§ LXVI. — Continuacion de la feliz influencia ejercida por Mma. de Maintenon en la córte de Luis XIV. — Su actitud caritativa al tiempo de la revocacion del edicto de Nántes. — Resultados de su celo, de acuerdo con el del Papa, para que se convirtiese á los hugonotes, en vez de perseguirlos. — Horrible retrato de Luis XIV, trazado por Fenelon. — Mma. de Maintenon elevando á Fenelon y protegiéndole contra sus enemigos. — Al sentimiento cristiano de esta matrona debe la literatura francesa las obras maestras de Racine. — Horrible humillacion que Luis XIV hizo sufrir á Bossuet, que tanto le habia exaltado. — Inmensa servidumbre de que se libró la Iglesia de Francia por causa de esta misma mujer. — Luis XIV sostenido por ella en sus grandes infortunios y en el momento de su muerte. — Homenaje tributado por el Duque de Borgoña á las virtudes de Mma. de Maintenon.

Uno de los actos más memorables del reinado de Luis XIV fué la *revocacion del edicto de Nántes*, que los hugonotes habian arrancado á Enrique IV, y que constituía una nacion dentro de la nacion, un estado dentro del Estado, y una república calvinista dentro del reino cristianísimo, con sus ciudades y sus gobiernos propios. Por este acto, como lo han reconocido los publicistas más sabios, aun los mismos protestantes, con Grocio y Sismondi, no hizo otra cosa el gran rey que usar de uno de sus derechos y ejercer uno de sus deberes, el de restituir el orden y la unidad á su reino por la unidad de religion. Mas este acto, justo y legítimo como principio, se

hacia odioso por la manera con que se procedia á su ejecucion. Los dragones del Ministro de la Guerra, Louvois, fueron los encargados de convertir á los herejes. El único personaje de la córte que lamentaba estos excesos era Mma. de Maintenon. « Vos maltratais á los hugonotes, escribia ella á su hermano. ¡Ay! Apiadaos de esas gentes, más desgraciadas que culpables; ellas están en el error en que hemos estado nosotros mismos, y del que la violencia no nos hubiera podido arrancar. Es necesario atraer á los hombres por medio de la dulzura y la caridad. » En una carta á Mma. de Saint-Geran le dice ella: « Es necesario no precipitar las cosas; es necesario convertir y no perseguir. » De este modo se expresaba esta admirable mujer, y manifestaba toda la bondad de su corazon y toda la elevacion de su entendimiento, comprendiendo mejor que los hombres la verdadera doctrina del Evangelio. Ella se affigia de no poder hacer todo lo que deseaba en este particular, porque, como se queja ella misma, habiendo sido calvinista en su infancia, sospechaban de su celo y le echaban en cara á cada momento que amaba á sus antiguos correligionarios.

El papa Inocencio XI no aprobaba tampoco los rigores de Luis XIV con los protestantes de su reino. Por consiguiente, haciéndose Mma. de Maintenon el eco de las quejas del Soberano Pontífice y el ministro de sus sentimientos, se valió de todo el ascendiente que tenía con el Rey, con quien acababa de desposarse, para dulcificar la suerte de los proscritos y para que se les convirtiese al Catolicismo por medio de la predicacion. Á instancias de ella fueron alejadas las tropas del Poitou y de todas las demas provincias donde habia hugonotes, y fueron enviados á ellas Fenelon, Bourdaloue, Langeron, Fleury y un gran número de padres jesuitas para convertirlos. Dios bendijo estas misiones. « Las conversiones, dice Sismondi, no se hicieron ya individualmente, sino por ciudades enteras. » En poco tiempo todo el Bearn fué convertido, así como las dos ciudades capitales del protestantismo frances, La Rochela y Montauban, y las ciudades de Gap, de Embrund, de Castres, de Lunel, de Uzes, de Nîmes, de Montpellier y de Grenoble. Pues bien, en 1680 el número de los protestantes en Francia era de uno ó dos millones. De este número, segun lo que dice el Duque de Borgoña, que habia compulsado todas las listas, de sesenta y siete á sesenta y ocho mil personas de todas edades fueron